

ADOLFO CAMINHA

BUEN CRIOLLO (1895)



TRADUCCIÓN
JUAN CALCETTO
DAVID MARÍN-HINCAPIÉ

BIBLIOTECA NEFANDO
PLATAFORMA DE CREACIÓN + INVESTIGACIÓN



La vieja y gloriosa corbeta –¡Qué lástima!– ¡Ya ni siquiera se asemejaba al mismísimo barco de otrora, peculiarmente extravagante, como una galería de leyenda, blanco y liviano en la marea alta, navegando sosegadamente en las jorobas de las olas!...

Era otro, muy característico y diferente, con su casco negro, las velas sucias rebosantes de moho, carecía de ese esplendido aire guerrero que entusiasmaba a las personas en los buenos tiempos de “*delicatessen*”. A lo lejos, en el infinito panorama azul, como se diría ahora, la sombra fantástica de un barco aventurero. Todo su aspecto era distinto, la vieja carcasa movable, desde las blancas, límpidas y triunfales velas hasta la primitiva pintura del bulto flotante.

Sin embargo llegó –esquife agorero– cruzando aguas de la patria, casi lúgubres en su lenta marcha; allí llegó, y no como una enorme y blanca garza proyectada en la líquida llanura, era entonces lento y pesado, como un gran murciélago apocalíptico con sus alas a lo ancho y largo del mar...

Hacia poco había zarpado en las zonas de calmas ecuatoriales, la tela ondeaba parsimoniosa, suavemente, inflándose con cada golpe, para retraerse después, un golpe sordo semejante al anterior, en el mismo abandono aletargado, se había transformado entonces en un monótono viaje; la superficie amplia del océano yacía en su uniformidad, inmóvil bajo la radiación producida por el sol del sur, la corbeta patinaba muy ligeramente, era tan etéreo, tan etéreo, que el movimiento apenas se percibía.

No había rastro de una vela en el álgido panorama azul, ni signos de vida humana fuera de esa estrecha plataforma de agua, solo líquido perceptible alrededor, como si el mundo se hubiese inundado en un espantoso diluvio... a lo alto, justo en la cima, el silencio infinito de las esferas sombrías en la lluvia dorada derramada por el día.

¡Melancólico y nostálgico era el paraje, los colores se desvanecían bajo la influencia de la luz y la voz humana desaparecía en una inmensa desolación!

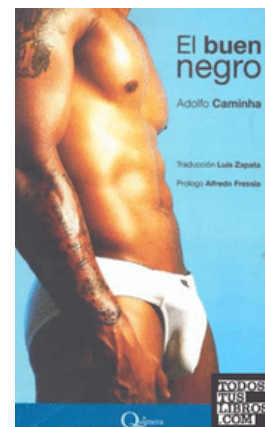
Los marineros conversaban en la proa, unos sentados en el castillo y otros de pie, recogiendo cables o tendiendo la ropa al sol, tranquilamente, olvidados de sus labores. Las placas de los mástiles, las recamaras, líneas de escotilla, todo el acero y el metal amarillentos brillaban incesantemente deslumbrando la visión.

En ocasiones se produce un gran revuelo, el mastreo gime como si estuviera pronto a desprenderse, la tela golpea con fuerza contra las vergas, donde se prenden las velas del barco, los cables chocan entre sí, produciendo un ruido seco, el agua cae en chorros de cascada en el vientre del viejo barco...

–¡Aguarda!– dice una voz.

De nuevo, regresa el sosiego y el aburrimiento, pasmados en una calma sin fin...

¡Los primeros síntomas de indolencia se reflejaban en los semblantes de las personas, transformándose en bostezos y descansos durante largas siestas. También, estaban lejos las montañas, tan lejos de las costas y así como del cariño de la familia!...



El buen negro.
Editorial Quimera (2008). México D.F.
Traducción de Luis Zapata

Los suministros de alimentos eran escasos, acechaba la zozobra; el racionamiento de carnes secas y conservas enlatadas se acercaba cada vez más amenazante para los estómagos crujientes, provocando conmoción entre los marineros.

El campaneó en la proa era incesante a eso de las once.

El teniente, que custodiaba el puente, observaba su reloj de bolsillo, un preciado y bello cronómetro reluciente por su material costoso, oro, comprado en Tolón. Pasaba el tiempo enrollando los vellos sobre su boca, aguarda su más preciada adquisición y se dirige hacia la espada, que reposa junto al mástil, prepara su voz ligera y metálica, para pronunciar con claridad:

—¡Corneta!

Era un distinguido oficial, joven, de piel canela, llamativos y vivaces ojos que observaban con inteligencia y sabiduría; se destacaba por su más sentido calculador, jugador de poker y autor de un *Tratado elemental de navegación práctica*.

Nadie a bordo lograba superarlo en la búsqueda de logaritmos. Calculaba hasta con los ojos, en su mínima apertura entre los párpados y el rebosar de la punta de su lápiz gestaba una admirable forma al trazar senos y cosenos. Él era asiduamente el primer hombre en encontrar las manecillas del reloj sobre las doce, sin tener previa observación. Admirado y reconocido por encontrar fronteras amorosas más allá de la escuela, en términos de las matemáticas y de la vida naval. Como guardia de la marina se daba el lujo de permanecer constantemente abordo en sus días de descanso, según “para no perder la costumbre”. Enemigo de tierra firme, prefería no hacer nada con su tiempo durante el bamboleo del océano en su camarote. Allí, junto a los libros y fotografías marítimas, lejos del agotador movimiento entre cafés y teatros que solo absorben a las personas.

—¡Corneta!— aseguró nuevamente, con una oscura expresión de vergüenza en su semblante.

De boca en boca, la orden se transmitió a toda velocidad, hasta la sorprendente aparición de la figura exótica de un marinero negro, de ojos muy blancos, labios de enorme grosor que daban paso a una sonrisa vaga, comparada con la gran boca. Su semblante acentuaba la falta de carácter y una mentecata personalidad.

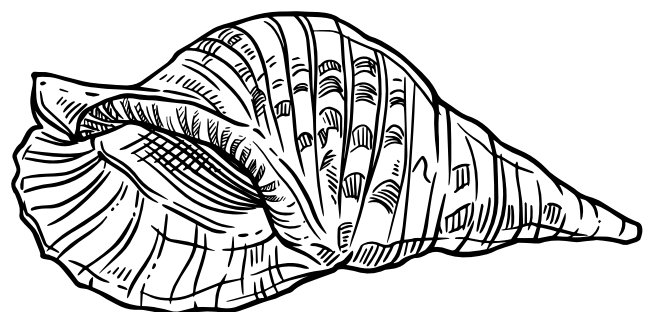
—¡Preparados!— ordenó expresando con una señal marcial, su mano tomó firmeza y la dirigió fuertemente a su gorra con rigurosidad.

—¡A revisión!— ordena el teniente.

Las primeras tonalidades engendradas por la corneta eran claras. El aire producido apenas perceptible, sin eco alguno en el ancho mar. Sin ninguna tentación, se produjo una extraña conmoción en cada uno de los pliegues de la embarcación. Los marineros, ahora que descansaban en la proa, se acechaban entre miradas sospechosas. En el toldo y en las cubiertas el movimiento era cada vez más veloz al terminar el repique. Entre la muchedumbre la voz de los guardias destacaba con recelo:

—¡Muévanse, suban, suban, arriba todos!— envuelto por el estruendoso tamboreo de los hierros provenientes de los sótanos.

El maestro de armas, un lerdo y pedante, casi paradójico, muy orgulloso de sí mismo y de sus distintivos dorados, alineaba a la marina en las alturas, apuntando a babor y estribor, con la exageración metódica de un instructor de escuela, apartando a unos para colocar a otros, sin antes advertir que no eran bienvenidos a participar por no llevar su camisa abotonada o, simplemente, por no tener la característica cinta en la gorra, amenazando con llevar ante “su” teniente por negarse a seguir órdenes.



Los oficiales asistían en la algarabía con el atuendo de segundo uniforme, gorra y charreteras con lanillas entorchadas a los lados; sacando filo contra el suelo arrastraban sus espadas, observando como presas acechantes todo el panorama, abrochados con un firme talín de tela color del mar sobre su uniforme.

Pues bien, todo estaba preparado, marineros y oficiales alineados unos con otros en profundidad de lado y lado, en popa y cerca al mástil mayor, con actitud respetuosa de quien atiende la presencia de un hecho solemne.

El sonido del silencio invadió la escena. Uno que otro murmullo era apenas perceptible con timidez. Así, en medio de la revisión, se escuchaba con claridad la cascada de agua en el vientre de la corbeta que apenas resonaba.

—¡Firmes!

Oportunamente hace aparición el comandante, abotonando sus guantes blancos de gamuza. Su postura era tan rígida como su uniforme nuevo y un aire autoritario invadía su asistencia. Ahora abandona su espada con elegancia y sosiego. Al pasar las ventiscas las charreteras ondeaban como cachos de oro. Aquella presencia generaba noble respeto.

Era un hombre corpulento, de aspecto voraz, facciones y presencia nobles, como escultura tallada por los dioses; su piel morena, un color bronce oscuro intenso que da el sol a los marineros, una gruesa y compacta línea de vellos sobre su boca, con una leve capa gris y un toque de estilo arrogante.

Incesante silencio pleno entre las filas compuestas por los marineros. Cada mirada tenía un brillo especial de indiscreta curiosidad. Un escalofrío unido a cobardía instintiva, como un electrochoque que se esparce violentamente por el cuerpo, se hacía notable en la faz de cada uno de los hombres allí presentes, cuyas palabras siempre tenían una fuerte huella que marcaba con disciplina y firmeza: aquel hombre provocaba un profundo respeto que llegaba a los límites de la sumisión profunda, justa o injusta, tal cual un perro ve a su amo.

—Los prisioneros...— dijo el comandante, sin alterarse, tirando de la manga de su uniforme.

Todas las miradas se enfocaban en la figura del oficial de artillería, cuestionadas e inusitadas, mientras él, acertado cumplía la orden, subía jadeante las escaleras hasta la cubierta, mudo y taciturno.

El teniente continuaba en un vaivén por el puente, como si todo estuviera fluyendo sin inconveniente alguno, en ese diminuto mundo flotante, donde ahora era una especie de rey provisional. Sus pasos resonaban con un infinito eco cada vez que la suela chocaba contra el piso, una y otra vez, como la marcha de un centinela nocturno.

La luz viva del sol apuntaba desde lo alto, escupiendo destellos, como un redoblante, golpeando fuertemente el enorme y cristalino plano azul. Un vigoroso, potente y asfixiante ardor penetraba la piel curtida, acelerando la circulación, irritando el sistema nervioso atroz e implacablemente.

Toda la atmósfera parecía vibrar en llamaradas y haces de fuego que cubrían el universo.

El paño, suelto y frondoso, ondeaba, ondeaba una y otra vez con desesperación...

—¡Estúpida calma!— meditaba el teniente, observando la infinidad y aparición de nuevos horizontes. ¡Él, el gran marino, observando el tiempo, sin hacer algo en absoluto, a causa de un diablo que trae calma infinita! Rara vez esto sucedía: realmente estaba destinado a dañar a alguien...

Los prisioneros se acercaban: un joven huesudo, de cariz amarillento como el barro, un rostro terso, todo su aspecto era imberbe; junto a él, otro joven que rondaba su misma edad, de piel trigüeña, también aprendiz de marinero; y finalmente alguien un poco mayor que los anteriores, un hombre negro de primera clase, su estatura era mayor que la promedio, de ancha espalda y sin vellos en su rostro.

Venían envueltos en cadenas y grilletes, uno por uno, deslizándose los pies entre pequeños y lentos pasos. Se dirigían al centro de la cubierta, deteniéndose con un fuerte gesto señalado por el comandante. Este le susurro al oído al oficial, que se encontraba junto a él con un libro en mano. Se acercó al primer preso, el joven de cariz amarillento como el barro:

—¿Acaso sabe las razones de su castigo?

El joven aprendiz de marinero, con su cabeza totalmente inclinada, musitó con voz de afirmación:

—Sí, señor...

Su nombre era Herculano y su rostro joven adolescente, tenía aspecto de haber experimentado serena melancolía, además de una morbilidad precoz sintomática... un secreto arrepentimiento.

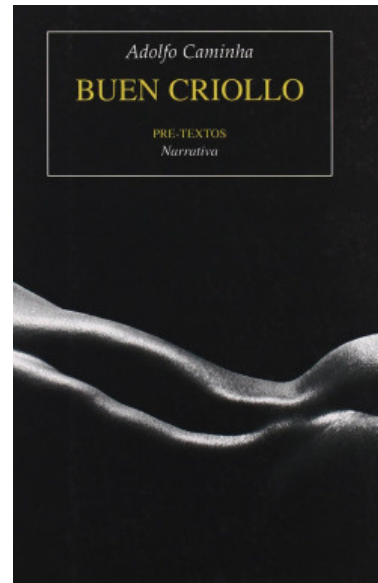
Sobre el cuello cuadrangular de franela azul, destacaba el lema en blanco perteneciente a su clase.

Sus uñas eran nauseabundas, pesantes por la altas cantidades de alquitrán, muy descuidadas; pobre figura triste reflejaba. Su apariencia dejaba una impresión desgarradora e inolvidable.

El comandante, luego de un corto discurso en el que se hacían eternas repeticiones de las palabras “disciplina y orden”, asintió con la cabeza para dar paso a la intervención del oficial, un hombre de cabello de oro y bigote. Inicia su intervención con la lectura del código, justo en el capítulo de apartados relacionados con los castigos corporales.

La marina, analfabeta y ruda, atendía con plena mudez y respeto vago, en sus miradas, al capítulo resaltado del libro disciplinario, formados bajo el despellejante y mordaz fulgor del mediodía; en tanto el oficial de guardia disfrutaba del fresco umbral, cubierto de un gran toldo extendido sobre su cabeza, se desplazaba de un lugar al otro con orgullo, sin la mínima preocupación por la humanidad que le rodeaba.

Del lado de los prisioneros se encontraba un hombre de gran tamaño, corpulento y vigoroso, un mestizo cuyo nacimiento había sido en el Amazonas, uniformado, agarrando el instrumento de castigo con sus manos y tomando una de sus rodillas como apoyo.



Buen Criollo.

Editorial Pre-Textos (2005). Valencia, España.
Traducción de Ángeles Caso

Era el guardia Agostinho, especialista en el oficio de castigar con látigo, el más corpulento y osado entre todos los guardias, también tenía un desenvolvimiento con las labores de la cocina y las preparaciones que le hacían ejemplar. En momentos arduos era él quien ayudaba al maestro en su labor, siempre equipado con un silbato de plata, pero jamás se desviaba de sus obligaciones correspondientes.

—¡Mestizo cabrón!— decían los compañeros.

Si se llegaba a soltar un bloque o cable de cualquier tipo, arriba de los mástiles, en un lugar de riesgo, rápidamente trepaba a la jarcia, con ese cuerpo tan robusto, escalaba y trepaba por encima de la cofa, sin mirar atrás, allí, bien agarrado a los vados, haciendo y deshaciendo mientras ataba y desataba, ligero, blanco de todas las miradas, ondeando al ritmo de las olas junto al barco, a poco de precipitarse al ancho mar. Hombre poco conversador, resignado, confiaba en su propio ser, tolerante y vigoroso a la vez en términos de servir a los demás, fiel creyente de que sin látigo no había disciplina, “el único método del quehacer un marinero”.

Siempre estaba dispuesto a pronunciar la frase: un buque de guerra sin látigo es peor que una goleta mercante...

Por esa razón no era fiel en los pensamientos de los marineros, todo lo contrario, evadían su presencia, intentando cuestionarlo con el maestro y sus inferiores. El guardián Agostinho, era un hombre intrépido, capaz de vigilar una tripulación.

Se burlaban de él a sus espaldas, pregonando en su contra con: “el burro de Agostinho, ni siquiera es capaz de ser capitán de proa...”.

Él se encontraba en su lugar, esperando alguna señal con ansias para soltar por fin el látigo sobre la vulnerable víctima. Eso le generaba satisfacción y placer, sí que lo gozaba. ¡Qué carajo! Cada cual tiene su obsesión.

—Veinticinco... ordenó el comandante.

—¿Se va a deshacer de su camisa?— expresó Agostinho enérgico, lleno de satisfacción y delirio, doblando la caña para demostrar cuánta flexibilidad tenía.

—No, no, con camisa...

Se dispuso a liberar dos azotes, triste y sumiso. Herculano sufrió la fuerza brutal del primer golpe en su lomo, mientras una vaga voz cantaba adormecida y arrastrando las palabras:

—¡Uno!... sucesivo idos!... itres!... iveinticinco!

Herculano no toleraba un golpe más. Se re-torcía apoyado en la punta de los pies, levantaba sus brazos

y hacía de sus piernas una sola, sufriendo en aflicción dolores agudos que se prolongaban por todo su ser, hasta su semblante se desprendía, como si le estuviesen desgarrando la piel. Con cada impacto la escena era invadida por un lamento silencioso tremulante, que sólo era percibido en sus entrañas por la impaciencia del suplicio.

Todos observaban el hecho como centinelas, con la fría indiferencia de las momias.

—¡Chusma!— refunfuñaba el comandante, agitando su guante con decoro. ¡No cumplen con sus labores, no honran a la autoridad! Yo mismo los adiestraré: ¡O aprenden o los hago trizas!

La situación no tenía mayor trabajo: Herculano tenía formas peculiares de subsistir en la vida siempre retraído, entre los recodos, evadiendo la compañía de los demás, llevando a cabo sus labores sin chistar, no se envolvía en la proa con los ritmos nocturnos de la samba. Cohibido y huraño, cada vez más desolado, su moribunda mirada lo condecoró con unas pronunciadas ojeras; por su agotada voz y abatido por la flaqueza, le habían apodado con el mezquino nombre de Pinga...

El aprendiz de marinero no podía conformarse de ser tratado con tanta crueldad, por más noble e inofensivo que fuera, y su revancha fue escupir palabras hediondas y de aborrecimiento aprendidas a bordo, en altamar.

—¡Ay pinga!...

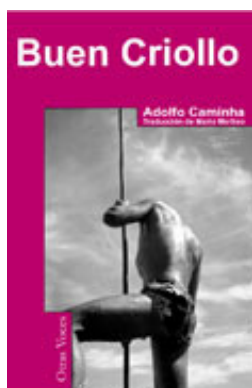
Esto era suficiente para desenfrenar el diccionario de ofensas, en una amenazadora ira que terminaba con un espantoso disparate.

Los demás, a pesar de todo, solo se morían a carcajadas:

—¡Mira al pinga! ¡Agárrenlo!

—Pinga es...

Un ambiente irracional de indecencia, lenguas envueltas en maldad.



Buen Criollo.

Editorial Egales (2005). Madrid, España.

Traducción de Mario Merlino

Palabras heridas por palabras, casi siempre las chanzas terminaban en asuntos de otro orden, conllevando a detenciones y sanciones...

Fue así como sucedió aquello, en la víspera de ese día, Herculano fue sorprendido, por un marinero compañero, practicando un feo y deprimente acto inherente del humano. Lo habían encontrado solo, junto a la barandilla de pie, sacudiendo su brazo de forma torpe, cometiendo a sí mismo la más vergonzosa de las transgresiones.

El otro hombre, un sagaz mulato, que tenía la manía de espiar, en las noches, a lo que se dedicaban sus compañeros, se apresuró a llamar a Santana, encendiendo una cerilla, se acercaron ambos para “examinar”... Sobre la cubierta relucía la mancha de un fresco y viscoso liquidillo: Herculano había cometido una verdadera transgresión no prevista en los mismísimos códigos, un crimen contra la naturaleza, desparramar inútilmente, sobre la cubierta seca e infértil, la sabia que engendra a la humanidad. Su decepción fue grande cuando se vio sorprendido con las manos en la masa en aquella grotesca situación. Se precipitó sobre Santana, colérico en rabia, extremadamente pálido y, en poco tiempo, ambos estaban enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo, a tropezones, despertando a los que dormían por aquella zona de sus sueños en plena madrugada... El alboroto llegó a su fin con la detención de ambos.

—¡Hey, Pinga, Pinga!...—repetía el guardián de cuarto—. Ni crea que por ser blanco se va a salir con la suya...

Tal fue el crimen cometido por Herculano y de su compañero Santana, que también él sería castigado. Santana, aun así, no era un joven que sufría silencioso: siempre tenía algo que expresar a la hora de ser castigado, disculpándose como podía frente a la autoridad para escapar disimuladamente a la acción criminal, algo que jamás lograba, sin embargo, ya que todos le conocían de más.



Era un miserable diablo de tercera clase, moreno como el tono maduro del fruto de jagua, con el cabello rapado, ojos negros, nariz aplastada, cara afinada; cuyo nombre figuraba en el libro de castigos generalmente. Tartamudo nato, hacía carcajear a sus compañeros al abrir su boca para pronunciar una palabra, sobre todo cuando se encontraba en uno de sus momentos de sobreexcitación y cólera, así pues, nadie entendía una mínima gesticulación.

Tenía una ingeniosa facilidad de lagrimear: la emoción más sutil lo hacía sollozar, transformando sus ojos en dos chorros de húmeda ternura.

Inmediatamente empezó a tartamudear una historia de “insinuaciones”: que estaba muy discreto en su esquina y Herculano había venido a provocarlo, a “meterse con él”...

—¡Adelante, guardián, andando, que se hace tarde. No estoy dispuesto a escuchar historias. ¡Ahora!...

Agostinho dobló el látigo y, resueltamente, sin cuestionar algo, con una risita de involuntaria maldad en el ángulo de los labios, dio el primer latigazo:

—¡Uno! —exaltó la misma voz de hace un rato. El joven empino sus pies, exaltó los ojos y unió sus manos en fricción.

—¡Ah! —lamentó con un alarido de dolor—. ¡Po... po... por Di... Dios Sa... Santo, se... se... se... señor comandante!

—¡Adelante, adelante!

En seguida más latigazos implacables, brutales como fuego cáustico, cayendo uno a uno, lacerantemente, sobre el frágil cuerpo del marinero.

No le quedaba más remedio que soportarlos todos, uno a uno, ya que no le servían ni los gritos, las súplicas o las lágrimas ...

—Yo mismo les corregiré —vociferó el comandante, repentinamente enfurecido, hosco bajo la luz deslumbrante del mediodía en el trópico— ¡Los reprenderé yo mismo: carajo!

No hubo ni un solo temblor de conmoción en la marina. Todos eran testigos de esta habitual escena, que ya no lograba producir efectos sentimentales, como si se tratara de la reproducción banal de una pintura ya vista.

Empezaba a soplar una ligera brisa, tan ligera que sólo atenuaba la fuerza lacerante del sol, inflando las velas casi imperceptiblemente.

El teniente, un poco excitado ahora con el tiempo que precede a los fuertes vientos, apuntaba sus observaciones en una pequeña libreta, deseoso de tomar en sus redes a los marineros.

Era ya casi mediodía y el castigo aún no terminaba.

Posteriormente el tercero en la fila, un hombre negro de gran tamaño, excesivamente alto y corpulento, atroz figura de bestia, bravío, con un monstruoso sistema de músculos en cuyo cuerpo recaía el morbo patológico de toda una generación decrepita y enervada, y su presencia allí, en ese lugar, avivaba un interés y verosímil curiosidad: era Amaro, gaviero en proa, Buen Criollo en la jerga a bordo.

—Acérquese —con impacto dice el comandante, envuelto en su voz y en su semblante.

A lo lejos un susurro, ingrávito, un penoso murmullo entre las hileras compuestas por los marineros, como el vago estremecimiento que asalta a los asistentes de un espectáculo justo cuando el escenario cambia. Todo era distinto, con más peso ahora, en realidad. Herculano y Santana, simplemente eran unos pobres sinvergüenzas, miserables marineritos que escasamente resistían veinticinco latigazos en el lomo: ¡ipequeñuelos!... Todo un giro argumental era Amaro en sus camaradas, el insigne, el tremendo Buen Criollo.

El código se leyó una vez más con voz parsimoniosa y acompasada, tal cual la lectura del evangelio, y el comandante, organizándose el vestido comprimido y fulgente:

—¿Sabe las circunstancias por las cuales va a ser castigado?



—Sí señor.

Buen Criollo pronunció estas palabras con valentía, sin la más mínima modestia, asegurando su intrépida mirada en las charreteras de aquel oficial. Parado junto al mástil, sus talones se unían haciendo uno solo y sus brazos flojos a lado y lado de su cuerpo, recto en actitud militar; sin embargo, la línea unida por sus hombros, en la forma de disponer su cabeza, donde estuviese, había una fuerza retraída y traicionera de elasticidad y habilidades felinas.

En realidad, Buen Criollo no solo se caracterizaba por su ser corpulento, un organismo afortunado de esos que tienen en su armamento la soberbia resistencia del bronce y que aplastan con la magnitud de su musculatura.

La fuerza inquieta era uno de sus atributos intrínsecos. Lograba sobrepasar a todas las demás cualidades biológicas, proporcionándole movimientos inusuales, de hecho insuperables, como de un contorsionista inesperado y peculiar.

Esa valiosa capacidad y gracia natural se venían incrementando en él, a través de la práctica y el ejercicio continuo, que lo hacían reputado en tierra firme, en los conflictos con soldados y marineros, y también en altamar, cuando abordaba ebrio.

Puesto que de vez en cuando, Buen Criollo se daba unos buenos tragos de aguardiente, a tal punto de desaparecer en medio de borracheras que lo impulsaban a todo tipo de casualidades y delirios.

Se armó de una navaja, se dirigió directo a los muelles, en toda una completa metamorfosis, con los ojos ardiendo en fuego, la zarpa puntiaguda entre su mano, la gorra de lado, la camisa desabotonada con un descuido propio de un vagabundo, ya bien, era toda una amenaza, un riesgo inminente para todo aquel que se atreviera a juntársele. Este negro actuaba como una alimaña suelta: todos intentaban evadir su presencia, marineros y hombres de la playa, ya que nadie quería tolerar un golpeazo...

Al haber algún conflicto en el muelle Pharoux, todo el mundo sabía que de Buen Criollo se trataba, afrontando embrollos con la policía. La gente se reunía, toda la comunidad costera se aglomeraba en la plaza, como si se tratase de alguna inmensa desgracia. Se dividían en clanes a favor de la policía y la marina... situaciones indescriptibles!

Aunque la causa, sin embargo, de su arresto en ese preciso instante, en altamar, como tripulante de la corbeta, era distinto a lo que se podría llegar a generalizar. Buen Criollo había golpeado despiadadamente a un segunda clase, según se había arriesgado, "sin su consentimiento", a maltratar al aprendiz de marinero Aleixo, un guapetón jovencito, de ojos azules, estimado con mucho valor por todos y también de quien se solía decir "cositas".

Atrapado, enrollado con grilletes en el sótano, Buen Criollo no manifestó una sola palabra. Admirablemente manso, cuando se encontraba en un estado normal, lejos de cualquier influencia alcohólica, se subyugaba a la voluntad superior, aguardando con resignación esta pena. Era consciente que había actuado con maldad, que su castigo era justo, que era tan bueno como los otros, pero ¡qué carajo!, estaba orgulloso: había vuelto a demostrar una vez más que era todo un hombre... A su vez sentía aprecio por el aprendiz de marinero y estaba seguro que lo conquistaría por completo, como conquistar a una bella dama, una tierra fértil y virgen, un país repleto de oro... ¡Era extremadamente dichoso!

El látigo no le hizo daño; tenía una espalda de hierro que resistía como el mismísimo Hércules, al ritmo del golpe del guardián Agostinho. A este paso, ni recordaba con exactitud la cantidad de veces que había sido azotado...

—¡Uno! —cantó la misma voz de hace un rato—. ¡Dos!... ¡Tres!...

Buen Criollo se había despojado de su camisa de algodón, y, desnudo de la cintura hacia arriba, en un excitante despliegue de toda su musculatura, sus pectorales prominentes y rectangulares, sus destellantes hombros negros, un surco profundamente marcado, terso de arriba hasta el fin de su bella espalda, ni siquiera gemía, como si estuviera recibiendo el castigo más leve.

Sin embargo, ieran ya cincuenta azotes! Nadie lo había oído sollozar, ni hacer la mínima contracción, siquiera un pequeño gesto de suplicio. Sólo se percibía en aquella orilla negra las manchas del junco, una sobre otra, entrelazándose como filamentos que conforman una telaraña, morada y palpitante, con la piel desgarrada en todas las direcciones.

De momento, a pesar de todo, Buen Criollo se sacudió y alzó uno de sus brazos. El látigo vibró con toda fuerza sobre los riñones, abultando la parte inferior del abdomen. Había sido un golpetazo desmesurado, mandado con impulso y nervio insólito.

A su vez, Agostinho se estremeció por completo, su cuerpo tembló de alegría enfermiza cuando por fin vio vencer con la fuerza de su muñeca.

Todos los marineros y oficiales, atónitos en una muda concentración, observaban cada vez con más interés cada latigazo.

—¡Ciento cincuenta!

Solo hasta entonces alguien pudo visualizar un punto rojo, una gota roja deslizarse por la columna negra del marinero, transformándose en un fluvial de sangre.

En ese instante el oficial, apuntando con su penetrante mirada, intentaba reconocer una sombra etérea que parecía estar flotando a lo lejos, a la orilla del paraje: era, quizá, la humareda de algún trasatlántico...

—¡Suficiente! —impuso el comandante.

El castigo había llegado a su fin. Ahora iniciaría de nuevo el trabajo. §